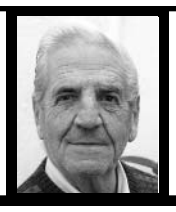
ARACENA NOTICIAS



Usos, costumbres y recuerdos de nuestra Aracena antigua

Verano, veraneo, veraneantes: una estampa del pasado

Laureano Gómez

El símbolo del verano es una mujer joven y guapa, coronada de espigas, sosteniendo en sus manos una hoz y una gavilla. Otros pintores y escultores lo representan cono el Cuerno de la Abundancia. En ambos casos, el significado es el mismo.

Yo, particularmente, sugiero otra interpretación: el verano es al año como la siesta es a la jornada laboral. Después de todo el año trabajando -que si aras, que si siembras, que si podas, que si recolectas, que si estudias, que si apruebas, que si repites,...), llega el verano. Como la siesta, que llega después de haber madrugado, haber trabajado, haber comido, haber,... todo lo demás. Y llega la siesta, llega el verano. Es decir, llega el tiempo del ocio, del descanso, de los permisos y de las vacaciones. Algo así como volver al paraíso.

En Aracena -en mis tiempos y creo que todavía- el verano empezaba el día de San Pedro, coincidiendo con la velá. Tres acontecimientos lo hacían así: la llegada de los estudiantes, la llegada de los veraneantes y la tradición y popular devoción a San Pedro, cuya trayectoria hagiográfica en nuestro pueblo todavía está por estudiar. Porque este santo es desde el inicio de la religiosidad en Aracena reverenciado y querido. No olvidemos la antigüedad de la Cofradía de San Pedro, Pan y Pobres. No olvidemos la antigüedad de la Cofradía de la Soledad, que estuvo ubicada en la ermita de San Pedro y los carmelitas, también al principio. No olvidemos tampoco el barrio judío o la judería, que en Aracena estaba en este barrio, el de San Pedro.

De tal manera que la velá de San Pedro era la inauguración oficial del verano. Y la gente estrenaba sus trajes nuevos fresquitos y los zapatos blancos. Recuerdo que las mujeres también estrenaban los "abrigos de verano", que, por cierto, ya no se llevan. ¡Abrigos de verano, qué ironía!

La llegada de los estudiantes suponía un acontecimiento emblemático, porque, aunque no había muchos, constituían un gremio distinto en el nivel social de enconces; una excepción, porque no había institutos en la Sierra, ni siquiera universidad en Huelva. Sin embargo, en el año 1934 la República inauguró un instituto de segunda enseñanza, que se llamó Arias Montano y estaba en el Ayuntamiento de Santa Catalina, pero desapareció en la Guerra Civil del 36. Mucho más tarde, en 1953, surgió en Instituto San Blas, que supuso un verdadero impacto positivo en la cultura y evolución social, no sólo de la ciudad de Aracena, sino de toda la Sierra. Pronto cumplirá medio siglo. La llegada de los estudiantes, después de nueve meses de curso, resultaba un acontecer grato y enriquecedor para los padres, los amigos y las niñas, que soñaban en amores. Porque el verano es una estación apta para el enamoramiento.

La llegada de los veraneantes era importantísima porque le daba prestigio al puebla y aportaba una contribución económica sustanciosa, o sólo a los hoteles, sino también a las familias que arrendaban casas, a las tiendas y a la economía en general. Al principio sólo había dos hoteles. Uno de ellos era el Hotel Arias Montano, que estaba en la calle Barberos. Los dueños eran encantadores, conocedores de su oficio y buenos cocineros. Gordo él, gorda ella, me parece que se llamaban Parente de apellido; muy apreciados por la baratura y exquisitez de sus comidas y servicios. He leído su nombre en algunas novelas que se desarrollan en Andaluía.

El otro hotel era el San Francisco, regentado por Manuel y Francisca. Gorda ella, gordo el, estaban igualmente acreditados por una clientela garantizada. Al principio estaba en la calle General Sanjurjo, hoy Blas Infante, frente al Colegio de las Esclavas. Luego se trasladaron a la calle Dolores Valladares y al final a la calle Mesones. Ya en la Guerra surgió la Pensión Josefina, que se convirtió enseguida en el Hotel de Veremundo, que estaba en la carretera de la empresa Casal al principio, y después en la Gran Vía.

Es curioso porque el Gobierno, consciente de la importancia turística de Aracena, construyó un parador en la hoy llamada carretera del sanatorio. Parador que no llegó nunca a inaugurarse, por mor de la Guerra Civil. Posteriormente se creó una especie de parador que incluso lo advertía en el nombre, Parador Monte San Ginés. Estaba en los chalés, o Aracenilla. Más recientemente han aparecido el prestigioso Hotel Sierpes, de la calle Mesones, el Hotel Sierra de Aracena, en la Gran Vía, el Hotel Los Castaños, en la Avenida de Huelva, y los que faltan por hacer, porque Aracena tiene cada vez más necesidades hoteleras.

Volviendo a los tiempos pasados, es necesario hablar de las pensiones. Me parece que las recuerdo todas o casi todas. Prestaron un gran servicio al desarrollo de este pueblo y eran de especial relevancia en el prestigio del verano aracenés. Había una en la calle Barberos, donde se hospedaba el inolvidable maestro de músicos, don Faustino Pulpeiro, que tanto contribuyó al esplendor de los veranos en nuestro pueblo. Había otra en el Paseo, la Pensión Serrana, por debajo del Casino Artesano, que luego fue sede del Banco Internacional de Industria y Comercio -el segundo banco que llegó a Aracena, después del Banco Español de Crédito-. También había en la carretera de Huelva, esquina con el Callejón de los Cucos, la Pensión Juana.

En todos esos hoteles y pensiones se instalaban los veraneantes. Pero también había muchas casas que se arrendaban para la época veraniega. Como es lógico, antes de que llegara el verano, la gente, sin necesidad de bando municipal, sino por conciencia ciudadana, encalaba las fachadas. Me acuerdo que dos burros pasaban por las calles cargados con cal y los vendedores pregonaban: "Cal viva de Villa, cal en piedra de los Chicharras" y de no sé cuantos más. Las amas de casa habían pintado los zócalos de sus viviendas y habían dado la cinta con cemento, con rojo de almagre.

El encanto, el embrujo del verano aracenés, radicaba, aparte de su luz, su color, su limpieza, en su particular hábitat, el paisaje, las calles, el silencio,... Pero también estaba salpicado de pequeños acontecimientos y festejos. Las velás: la de Santa Lucía, la de San Roque... Hubo alguna vez una velá en la Plaza Alta y otra en el Cabezo, en honor de la Virgen de Fátima. Se organizaban los pirulitos, de los que perdura el de la calle Monasterio de la Rábida. También quedó olvidada la Romería de Santa Marina. Con la Romería de la Peña y la Feria de Septiembre se daba por terminado el verano.

Durante tres meses habíamos tenido conciertos de música los domingos, bailes matinales en el Casino Arias Montano, otros muchos bailes en las casas particulares, que organizaban al compás de los gramófonos. Había tardes agradables en las terrazas del Casino Obreros, del Arias Montano, y en la explanada del Bar Manzano. Partidos de Fútbol -más de una vez nos visitaron el Betis, el Sevilla y el Recre-, carreras de cintas en la Plaza de Toros, carreras ciclistas de aficionados, excursiones al campo,... También podíamos bañarnos en las albercas grandes o piscinas que a veces costaban dinero. Recuerdo la de La Moleona, el Charco del Palo, el Charco de La Urraca, la finca de Don Fidel, Marimateos, el Charco de Legazpi, la piscina de los Tello, etc.

Mención aparte merecen los cines de verano. Había uno en el muro de la calle Las Esperanza, que era de Requena. Otro estaba en la calle Olvido, esquina a San Roque, y era de Juan Losada. Otro, en la Gran Vía, que todavía no estaba hecha del todo- sólo había unas cuantas casas en la acera de Calzados Martín, donde estuvo el primer Restaurante Casas. El cine estaba justo frente.

Algunas noches, un grupo de muchachos y muchachas nos íbamos a la Fuente Concejo. Nos llevábamos unas sandías que comprábamos en unos puestos enormes que ponían en la calle Mesones, y luego, en los lavaderos, nos las comíamos. Con las cáscaras organizábamos una verdadera batalla campal. Finalmente, bailábamos al compás de alguna bandurria o guitarra. Cantábamos y, algunas veces, el que tenía suerte hacía el amor de todas formas.

Todo era bonito y veraniego. Y el cielo era azul noche y estaba lleno de estrellas, porque también el cielo de Aracena era distinto y está más cerca. Entonces y ahora.





El portal de la Sierra en Internet
www.sierradearacena.net